

El terror de ver

Vicente Sánchez-Biosca

La muerte —¿quién lo ignora?— es el agujero más negro con el que se enfrenta el ser humano. Tal vez, por eso, porque en la muerte está agazapado el más aciago sinsentido, la civilización se precavió de ella con obsesivo empeño. Y, ya que no podía evitarla, sí se esforzó por darle un sentido. O, mejor, muchos sentidos. Pero es vano engañarse: la muerte posee para nosotros tantos más sentidos cuanto más absurda la sabemos, nos empeñamos en recargarla de valor en la misma medida en que nos desgarran su arbitrariedad. Lo que, en pocas palabras, no nos es dado soportar es eso: su arbitrariedad, el azar, el vacío del sentido que nos recuerda. Darle nombre a la muerte y, sobre todo, envolverla en un discurso. Rituales, culto, recuperación simbólica o ceremonias religiosas son, para nosotros, no tanto errores cuanto necesidades para sobrevivir, para encontrar un camino que nos separe del vacío. Ahora bien, repentinamente una buena mañana, la muerte vuelve a llamar a nuestras puertas, no para infligirnos un daño cruel y larvado, sino simplemente para sacudimos con la crudeza de su sinrazón.

Tal vez la guerra sea el triste episodio que pone a más dura prueba la magnitud de nuestro aguante. En la del golfo, las grandes potencias, especialmente aquéllas que han demostrado su mayoría de edad en el uso de los medios de comunicación, no lo ignoran. Y temen que el horror del vacío pueda sobrecogernos entre las cenizas de un bombardeo sobre poblaciones civiles (lo militar posee un discurso que convierte la muerte en una solidez simbólica inexpugnable: es la retaguardia, los hogares, quienes viven la tragedia de los frentes). Los medios, pues, se han comportado con extrema cautela o han sido obligados a hacerlo, tanto da desde esta óptica.

Saben que su opción es clara: o bien seguir la información, cargándola de sentido, liberador, democrático, legitimando la destrucción del tirano; o bien, forcluir toda información, censurarla hasta la obsesión. Su elección ha sido inequívocamente temerosa, como si se esperara que la muerte irrumpiese en cualquier momento asomando al vacío nuestras cabecitas occidentales.

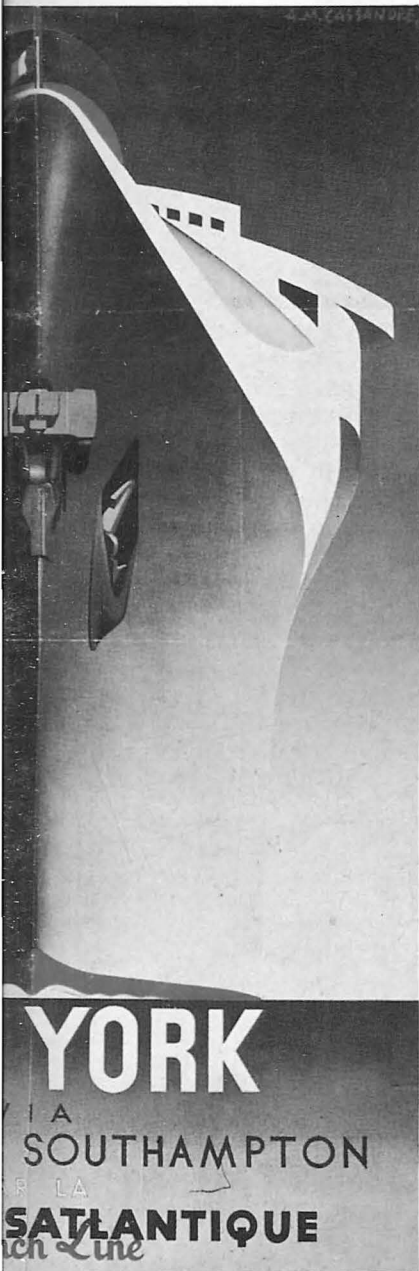
Y, en efecto, algo hay de imprevisible en una información en directo. El problema sigue siendo por qué un mundo capaz de obtener esta información y tan ufano de hacerlo, de asistir a las batallas desde sus casas, este mundo que los profetas de nuestra postmodernidad nos ofrendaron poco tiempo atrás, se ha resistido a otorgarnos lo merecido. ¿Por qué se teme al azar si todo está logrado para el bien de la humanidad? Es claro que alguien teme ahora. La televisión escogió la forclusión y no fueron los líderes iraquíes, sino también la opacidad informativa de los aliados. Sin embargo, lo real de la muerte no se elimina; se tapa, pero indefectiblemente vuelve a aparecer. Lo ha sido con motivo de un bombardeo de refugios, lo será a buen seguro cuando el lector tenga este papel entre sus manos por alguna otra minucia o pequeño error de cálculo. Sea como fuere, esta guerra es un golpe de gracia no sólo sobre nuestra civilización, sino sobre la expresión de unos modelos informativos que durante un tiempo aspiraron a mostrarlo todo (la sangre en el atentado, las tripas en la cogida, la sonrisa en la niña casi difunta). La incertidumbre nos espera, cual negro heraldo, más allá de firmada la paz. ¿Qué habrá que administrar entonces? Los pueblos que no aprenden de su historia —un Carlos que no fue Solchaga lo dijo hace muchos años—, están condenados a repetirla.



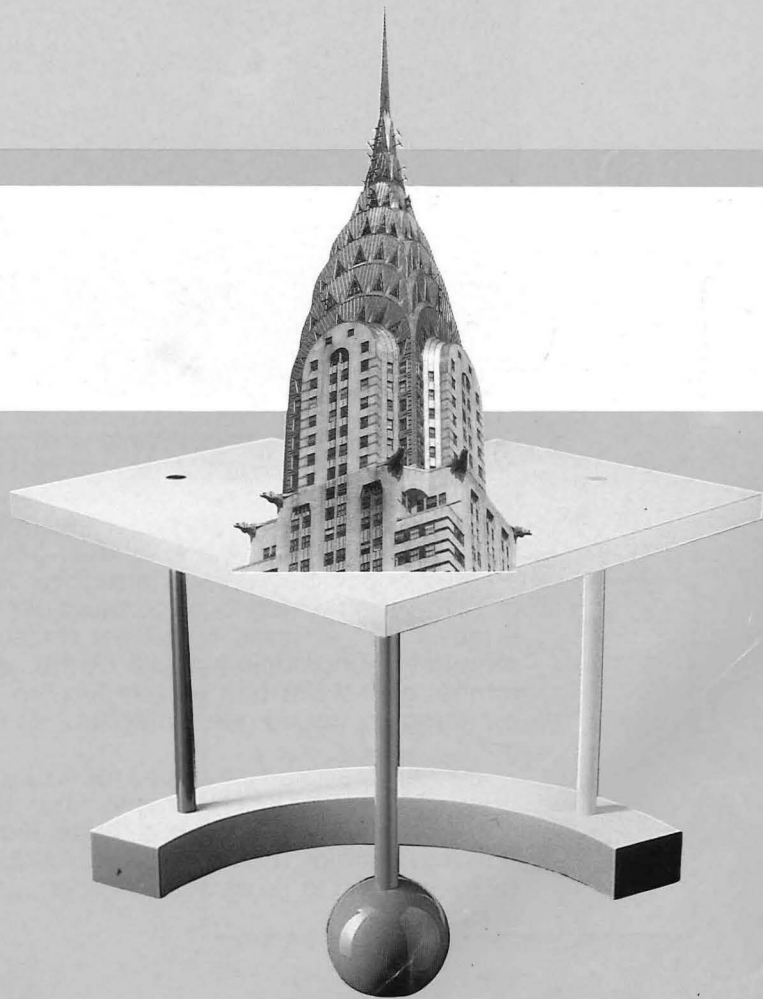
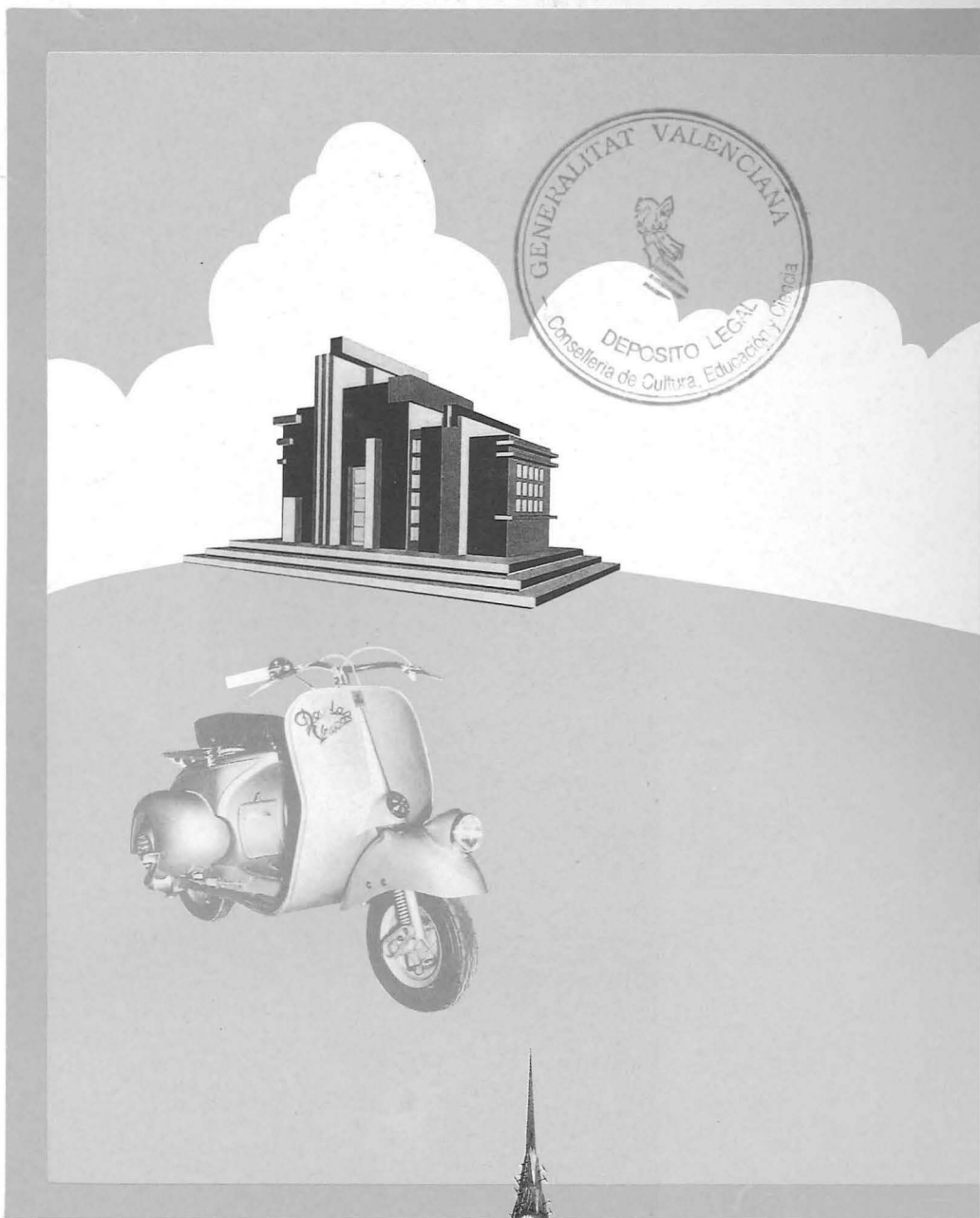
C-2324

Papers de Cultura

D-141



UN SEGLE DE DISSENY



El mecenatge en la cultura
1.ª Mostra de teatre valencià